

Comentario al evangelio del martes, 17 de marzo de 2015

NO TENGO A NADIE

Se me han quedado en la cabeza estas palabras del parálítico del Evangelio de hoy, y me han hecho recordar un montón de rostros concretos:

- Mire, padre, vengo a confesarme... aunque la verdad es que no tengo ningún pecado especial. Es



que llevo varios días sin encontrar a nadie con quien hablar, y al verle aquí (en el confesonario), pues se me ha ocurrido aprovechar. Es que... «no tengo a nadie».

- He perdido a mi mujer (murió), y la mayoría de mis amigos se han ido marchando, o están muy estropeados como para poder encontrarnos. Tengo hijos, sí, pero tienen su vida y sus ocupaciones, y no pueden estar pendientes de mí continuamente. En el fondo, «no tengo a nadie».

- Estoy separada desde hace muchos años. He estado viviendo en otro lugar, pero mi empresa me ha traído ahora aquí. No tengo contrato fijo, me llama a veces, y me paga en negro. He pasado muchas noches durmiendo en la calle. Tengo un hijo de 29 años al que quiero con toda mi alma. Vive en otra ciudad. Pero no quiere saber nada de mí, aunque me alegra saber que está bien. Estoy tan sola... «no tengo a nadie».

- Vine a trabajar a España. Mi familia estaba muy necesitada de dinero. Llevo tiempo sin encontrar

ningún trabajo, y sin poderles enviar nada. De momento me han dejado una habitación para que duerma por las noches. El resto del día tengo que estar por ahí. No tengo amigos, y mi familia no sabe lo mal que lo estoy pasando. No puedo volver, pero aquí... *no tengo a nadie*, no le importo a nadie.

- (Un joven): Me paso un montón de horas con las redes sociales. Tengo bastantes amigos en el Facebook, en Instagram... y en otras. Me dedico a recomendar videos, subir fotos, pinchar «me gusta», compartir noticias, pendiente a todas horas del WhatsApp. Así me distraigo y estoy ocupado. Pero lo cierto es que me siento muy solo: tanto «compartir» y ver lo que otros «comparten» no me aporta nada de nada. No tengo a nadie con quien conversar un rato de mis cosas, o darme una vuelta, o tomarme una caña... En el fondo... *¡no tengo a nadie!*

Aquel parálítico de la piscina llevaba toda una vida así. Y tiene la suerte de encontrarse con Jesús. Para bien decirlo: de que Jesús le encuentre. Había allí mucha gente postrada («*estaban allí muchos enfermos, ciegos, cojos, lisiados...*»), y Jesús posa en él su mirada atenta («*y viéndolo...*»). Jesús le saca del anonimato, se dirige a él para entablar conversación. Aquel enfermo está esperando que «alguien» solucione lo que le pasa. Aunque lleva 38 años sin conseguirlo. Como tantas gentes de nuestro mundo... que acaban muriendo sin recibir la ayuda esperada.

No sabemos cómo, pero Jesús conoce su situación («*sabiendo que ya llevaba mucho tiempo*»). Los evangelistas nos aportan con cierta frecuencia este dato: Jesús sabe, está al tanto, conoce... Y le dirige una pregunta, aparentemente superflua: «*¿Quieres curarte?*». Aquel hombre no tiene ni idea de quién es Jesús, pero aprovecha para desahogarse y culpar de su situación a la falta de ayuda externa: Es que no tengo a nadie que me ayude. Quizá fuese la primera vez en mucho tiempo que alguien le dirige la palabra, y él confía para exteriorizar su dolor. También su desesperanza.

Y a su queja, a su postración, a su dolor, Jesús dice una palabra de autoridad: «*Levántate*». En ti hay fuerza para salir adelante, deja de esperar inútilmente soluciones que no llegan. No puedes estarte toda una vida ahí tirado, prisionero de tu pasado. Recobra tu ánimo, esfuérzate y pon en marcha tu voluntad.

El parálítico tiene que tomar una decisión fundamental: ¿realmente quiero salir de esta situación? ¿O ya me he acostumbrado, y prefiero seguir derrotado, quejándome y dejando pasar la vida? No siempre es verdad que queremos resolver nuestra situación de dolor. No pocas veces nos agarramos al papel de «víctimas», y arrastramos (o nos arrastran) nuestras camillas (heridas, frustraciones, fracasos, limitaciones...).

Pero, afortunadamente para él, aquella palabra de Jesús le ayuda a hacerse cargo de su situación, y «coge la camilla» y se pone a caminar. Imagino que dando tumbos, inseguro, dudando de que sea verdad que «puede» echar a andar. El caso es que «*al momento echó a andar*». ¡Y eso que no conocía a Jesús! De hecho, cuando le preguntan quién ha sido, sólo sabe decir «el que me ha curado, me ha dicho». Sólo sabe dos cosas de Jesús: que le ha dirigido la palabra y que le ha curado.

Hay otros detalles en el relato en los que ahora no entro. Sí que aprendo del parálítico a confiar en la palabra de Jesús que continuamente me dice «puedes» hacerte cargo, puedes seguir caminando, no te quedes atascado en tu situación dolorosa. Aprendo también de Jesús a acercarme a los que están mal, e interesarme por su situación: tantas veces agradecen, sencillamente, un poco de conversación. Hay

tantos que «no tienen a nadie». Ojalá que el Espíritu de Jesús me ayude a decir palabras apropiadas, de ánimo, de cercanía, de confianza. Porque el mejor modo de dar culto a Dios (el «*sábado*») es ayudar a los enfermos y abandonados, y hacer de nuestras comunidades «Betesda» (que significa «casa de la misericordia»).

Enrique Martínez de la Lama-Noriega, cmf

Enrique Martinez cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org